

tierra para gobernarla, sino vino a robar, y cumplió muy bien, de modo admirable y perfecto, su cometido. Estaba lleno de tretas deliciosas para sacar dinero; bajo de la ley hacía, con habilidad de maestro, sus fullerías y trapazas; era inventor de extorsiones, sutil tracista de juntar hacienda. El y los suyos traían pieles de cordero, cándidas de blancura, pero eran lobos robadores.

Cualquiera podía hacer en México hurtos en los puestos públicos que desempeñaba con tal de que le diesen participación en las ganancias que se obtuvieran, y aun él mismo, con su raro ingenio, les pulía los métodos que empleaban, como eximio técnico que era en la materia, para no dejar casi clavo en pared. En el oro y en la plata estaban vinculados sus más finos deleites; sus recreos, sus delicias, sus gustos, eran el dinero. Las ganancias que reunía no las echaba, qué capaz que lo hiciera, en saco roto, sino que con siete nudos gordianos las amarraba para llevarlas a su tierra cuando tuviera la desgracia de irse de esta productiva Nueva España, que abominaba sinceramente, pero que sabía explotar con perseverancia concienzuda, y con esa excelente y constante práctica llegó a ser la filigrana de oro entre los gobernantes prevaricadores y el arquetipo de la desvergüenza. Amaba las dádivas y no daba paso sin provecho, y tenía prodigiosas mañas para lograrlo.

Como había dejado de ganar buenas sumas de dinero en las encantadoras combinaciones de don Rogelio de Villacastín, resolvió que se le procesara con todo rigor para dejarlo pudrir después en un calabozo y que sirviera ese castigo de ejemplo y de escarmiento a otros funcionarios que, como el oidor este, sacaban ilícitamente dineros y tenían la increíble osadía de no darle a él su legítima parte, pues que los ponía, generosamente, donde pudiesen robar con tal de que le pagaran la maquila. Según sus cálculos, le había defraudado Villacastín la fascinante suma de setenta y ocho mil pesos; pero, si era preciso, con los mismos redaños se la tendría que sacar sin perdonarle un ochavo, pues no era justo que perdiese esa ganancia. Y por ese indigno fraude que, contra toda ley divina y humana, le había hecho, estaba con la ira encrespada y embravecida.

En esto, un gentilhomme anunció a don Rogelio de Villacastín. Dio tal patada Su Excelencia que por poco hunde el piso, y junto con una sonrisa tenebrosa echó un taco, un reniego de los más sonoros del habla castellana, rica en ellos, y que era del cuño castizo de los de la reina doña María Luisa de Parma, y al salirle apestando de la boca se deshojaron inmediatamente todas las rosas de un jarrón.

Sintió un profundo pavor el servidor palatino al verlo tan iracundo y tempestuoso. ¡Lo que le iba a decir al tal Villacastín! Más comedimiento tendría con el oidor un perro con rabia. Todavía no entraba el venal sujeto en la estancia cuando ya estaba haciéndole a Branciforte largas, profundas caravanas. Ya cerca de él lo fulminó Su Excelencia con una mirada sulfúrea, con la que casi le incendió la ropa. Ya le iba a dar en el rostro con lo de sus hurtos y ya hasta había fruncido la cara para que estuviera a tono

con las mil afrentas e injurias que iba a decirle, cuando el hábil leguleyo deshizo rápidamente un paquete que traía en la mano y sacó, mientras hablaba, una larga cadena de diamantes y seis collares de perlas gruesas, en las que se pegaron con avidez, como era muy natural, los ojos de Branciforte, y quién sabe qué cosa misteriosa y qué cosa sutil subieron esas perlas y esos diamantes por el ambiente, que fue a desarrugar en el acto la cara del Virrey y se la dejó apacible, con tersura beatífica. Y ya ni siquiera intentó hablar.

—Señor, un gran favor, una merced muy especial, vengo a pedirlos y espero de vuestra bondad, que es mucha, que me haréis la señalada gracia de concedérmela, y por ello os ruego que aceptéis mis agradecimientos. Deseo que os dignéis, sabiendo yo lo muy caritativo que sois, Excelentísimo Señor, tanto vos como vuestra ilustre esposa doña María Antonia, a quien Dios guarde por muchos y muy felices años, deseo que os dignéis aceptar catorce barras de oro que están allí abajo, en mi coche, para que las mandéis a los pobres de Madrid...

El efluvio extraño que diseminaron estas palabras, le sacaron una larga sonrisa a Branciforte, y siguió el oidor sutil echándole más delicias en los oídos, que para él eran ya como canciones finas que le recreaban el gusto.

—También deseo, Excelentísimo Señor, que junto con doña María Antonia, nos hagáis a mi mujer y a mí el alto e inapreciable honor de llevar al bautismo al hijo que nos acaba de nacer, y en nombre de vuestro ahijado, Excelentísimo Señor, porque no dudo en que condescenderéis en honrarnos, sois tan gentil y generoso, os traje esas insignificancias que he puesto ahí, en la mesa, y que os suplico, rendidamente, aceptéis, y si lo hacéis así, os quedaré con un reconocimiento perpetuo, porque son cosas pobres, indignas de vos, señor. En mi coche está una vajilla de plata que es un corto presente para nuestros ilustres compadres.

Branciforte estaba radiante. Estas palabras magníficas, con sus soplos blandos y amorosos, le hacían cosquillas en las uñas y le recreaban el tacto. ¿Enojado Branciforte? ¡Quia, no señor! Pero si nunca había tenido mayor contento el hombre. Trepó de golpe a la cumbre de la felicidad. Ya estaba con don Rogelio de Villacastín finísimo y dulcísimo, más que mil panales de miel. La virtud eficaz de lo que le había oído le aventó muy lejos de sí el ardiente enojo a este gavilán rapiñero.

Dádivas quebrantan peñas. Apenas una sonrisa le desaparecía de los labios, cuando ya estaba otra sonrisa en ellos, corriéndole deliciosa y fina.

—Yo desearía, si me lo permitís, ir a presentar mis respetos a la señora Virreina, para ofrecerle, a nombre de mi mujer, unas chucherías. Jimena vendrá después a cumplimentarla, tan luego como se le cumplan los días de su parto.

—Sí, vamos, no faltaría más, mi señor don Rogelio, digo, mi buen compadre don Rogelio. Tomaréis chocolate con nosotros. ¡Ah, qué don Rogelio este!...

Branciforte traía dentro de sí un tesoro inefable de alegría. Acariciaba a

Villacastín con miradas largas, dulces, y diciéndole palabras preñadas de delicia y de agrado, le palmeaba suavemente la espalda; luego le pasó el brazo por los hombros, cariñosamente. Salieron los dos del salón cambiándose muestras de amor y de alegría. Tenían que unirse fraternalmente; Dios los crió y era muy natural que ellos se juntaran.

LOS CORALES DE LA VIRREINA

El virrey Branciforte no vino a esta Nueva España sino a engrandecerse; no estuvo atento más que a fabricar su fortuna, a procurar sus ganancias. Valíase de su alto oficio para satisfacer su insaciada codicia; no daba paso sin abundante provecho, y cebado con el polvo de la dádiva, se hizo rico de la misma injusticia. No atendiendo sino a su interés, juntó grandes haberes de riquezas ajenas. En la plata y en el oro tenía su amor y su consuelo.

Don Francisco Pérez Soñanes, conde de Contramina, era el conducto por el que se conseguían a precio de dinero todas las gracias, empleos, justicias, rebajas y exenciones de impuestos, buenas recomendaciones para España. Con él se enlazaba Branciforte en mil trampas odiosas y con él echaba una red barredera que cogía a todos los que tenían alguna pretensión. Estableció Branciforte en la casa del conde de Contramina una a manera de almoneda para vender los empleos, "que se pujaban y se compraban como los huevos en la plaza", pues sólo trataba el Virrey de multiplicar su hacienda, de ensancharse en sus bienes. El vil Branciforte siempre medró con los daños ajenos.

El virrey Branciforte, muy admirado, hizo notar a su esposa la soberbia cantidad de perlas que lucían todas las altas damas de México cuando acudían crujendo sedas, ya a los saraos y besamanos de Palacio, o a las funciones de las iglesias o de los conventos, o se reunían, magníficas, en las suntuosas fiestas que había en sus casas. Hasta en sus ampulosos vestidos llevaban anchos bordados de perlas y lindos aljófares.

Ya se había fijado en ello, ¡claro!, la perspicaz virreina doña Antonia de Godoy; sus ojos se le derretían de encanto y de codicia al contemplar aquellos collares de múltiples hilos, los altos ahogadores, los cabestrillos, las diademas y garbines, los pinjantes, los pinos de oro, los alcorcjes, los brazaletes, las manillas, los broches, los medallones y tiranas, y aquellas perlas únicas, de flexuosos matices, en que corría la luz de suaves tornasoles, que ornaban solitarias las sortijas y cintillos y colgaban temblorosas y gráciles de los prolijos pendientes. Ya había visto, sí, la Virreina la preciosa suntuosidad de aquellos trajes de corte con lindos bordados de perlas.

El Excelentísimo Señor virrey don Miguel de la Grúa Talamanca y Branciforte y su esposa, la altiva doña María Antonia Godoy y Álvarez, ya no tuvieron otro pensar que hacerse con todas aquellas perlas. Su ingenio no estaba sosegado; se acostaban pensando en las preciosas perlas y despertaban con la misma inquietud.

Cuando llegaba una Virreina, todas las señoras de la Colonia tendían su sutil curiosidad en toda la indumentaria que lucía para hacerse sus ropas según el uso que imperaba en ultramar, pues la Virreina siempre era elegante portadora de los últimos modelos que se lucían en la corte de las Españas. Cómo era la forma y medida de las basquiñas y guardainfantes, de los verdugados y tontillos; si se llevaba o no bajo las haldas la pollera de tela de plata u oro y que se llamaba relámpago por lo que brillaba; cómo eran los corpiños y juboncillos, si altos o escotados para sustentar los ojos con pechugas, según el dicho de un poeta; si iban cerradas o abiertas las valonas; la extensión de los mantos y cuáles eran los que se estilaban, si los de humo, si los de lustre, si los de puntas, si los sutiles de soplillo, o los de tela rizada, o los pequeños sereneros, o los de gloria, llevados como soberbia gala; si los chapines eran de los de ponleví o picados, o con claretos de plata, o habían de tener cinco corchos o tres u ocho, o sobre cuántos corchos habían de levantar su exquisito primor; si las vueltas de los guantes deberían ser bordadas, o debían ser de espumillón, o atezadas con bolillos negros de charol; si las estufillas o regalillos para las manos en invierno deberían ser de piel de marta o bien de castor o sólo de seda acolchada y con adorno de cintas y abalorios; si en el pelo se llevaban lazos de colonia o se adornaban el peinado con listones de colores, con broches de pedrería o sólo con plumas; si en las sienes aún se pegaban los negros chiqueadores, y en qué lugar del rostro se pintaban los inquietantes lunares, y cómo era el artificio de los peinados, y cómo las peinetas, si de teja, de olla o de tres potencias, y cómo los abanicos, si de cubretalle, o descubretalle, o petifés, o perentones, o si de baraja, de plumas, de encajes, de bandera o veleta, o con paisajes pintados, o si con varillaje de nácar, o de sándalo, o de carey, o de filigrana de oro y con espejillos.

* * *

Cuando se supo que doña Antonia de Godoy y Álvarez era de alto rango en la corte, dama de honor de la reina María Luisa, hermana del valido príncipe de la Paz, a todas las señoras de México les rebosaba el deseo por que llegara pronto la ocasión de una fiesta para poner su embeleso en las ropas de la Virreina, y así fue como todo cuanto ésta llevaba para realzar su hermosura era al punto imitado con gracia por las señoras de México.

Esto lo notaron pronto, con vanidosa satisfacción, los allegadores Brancifortes. Una tarde el Virrey, meditando en las perlas, que no se salían de su pensamiento, sonrió con leve sonrisa y en sus ojos ardió un inquieto fulgor porque había dado ya con la fácil manera de adquirirlas. Se frotó alegremente las manos y fue más larga y sutil su sonrisa y, embelesado, pasó a comunicar su pensamiento a la Virreina.

Un buen día dijeron los virreyes en su elegante tertulia que iban a dar un sarao en correspondencia de las gentiles atenciones que habían recibido de las nobles personas de la ciudad, que ya hacían grandes preparativos y que saldrían pronto los convites. Y salieron, sí, a poco. Lo mejor de la ciu-

dad, lo más calificado, iba a asistir al espléndido sarao que darían los señores virreyes.

¿Para qué contar del deslumbrante adorno de las salas de Palacio? ¿Para qué decir de la fastuosa elegancia de las damas, fragantes de discretas esencias? Doña María Antonia de Godoy y Álvarez, pomposa y frívola, se llevaba tras de sí todos los ojos por la ostentosa magnificencia de su traje de tisú. Se le miraba con esas miradas largas con que se contempla lo que nos fascina. Se le veía un hábito de suntuosidad y de señorío. Pero, ¡ay!, la señora Virreina no llevaba ninguna joya; pero, ¡ay!, la señora Virreina se adornaba sólo con corales. La Virreina traía una alta diadema de corales, y también de corales eran sus pulseras, sus largos pendientes, el collar de múltiples hilos que se le derramaban por el pecho y le subían por la blancura de la garganta. Sus sortijas tenían corales.

Las buenas damas mexicanas estaban confusas, asombradas. ¿Corales? Pero si únicamente los llevaban las indias sobre el bronce de sus carnes soleadas. Y quedaron más suspensas y atónitas cuando oyeron de los autorizados labios de la señora Virreina que los corales estaban de gran moda en España, que las altas damas de la nobleza no usaban sino corales. ¿Y las perlas? ¡Bah, las perlas! Nadie las lleva, y ni tan siquiera se acuerdan de ellas. Cualquier señora que se tenga en algo no es capaz de llevar encima ni una sola perla, pues se las desdeña profundamente y con detestación, como a cosa baladí y de mal gusto. ¡Las perlas!... Y diciendo esto hizo la señora Virreina un elegante, un magnífico ademán de desdén, ¡las perlas!... La sonrisa de Branciforte era más fina y más sutil.

Al día siguiente de este sarao, como las perlas habían caído en completo desuso, según lo afirmaba la elegante Virreina, y era hasta de mal tono el poseerlas, las cándidas señoras de la Colonia empezaron a vender precipitadamente las que tenían o a cambiarlas, fascinadas, por corales. Los hábiles agentes del conde de Contramina, bien abastecidos de corales, adquirían por precios ínfimos, irrisorios, todas las buenas perlas que deseaban, e iban a parar después, abundantes, a las arcas del ladino Branciforte. Así fue como éste y su mujer se llevaron de México en gran cantidad las mejores, las más preciosas perlas de las familias linajudas.

EL TOISÓN DE BRANCIFORTE

No hacía el Virrey Branciforte cosa alguna en que no alcanzara logros. No se saciaba jamás su codicia. Todo lo hacía con cínica ostentación, muy al descubierto y sin escrúpulos. La gente de la ciudad lo abominaba, pues le descubría al momento sus perfidias para sacar dinero, su única, su constante preocupación.

Lo primero que hizo fue pedir a España que no se le registrasen los numerosos fardos de su equipaje, pues en ellos traía de contrabando “una riquísima factura de géneros preciosos para venderlos por altos precios”,

y sacó grandes provechos de esa venta, porque toda la gente rica de México ansiaba tener de esas cosas magníficas para engalanar sus casas o sus personas.

Pero fueron mayores los provechos que obtuvo por la venta de puestos públicos, por injustos rebajos del canon de las tributaciones, de los pechos del Fisco, y, sobre todo, por el restablecimiento de los Cuerpos Provinciales, retirados o disueltos por el gran Revilla Gigedo, que los consideró del todo inútiles, lo cual fue una mina inagotable para Branciforte, quien se hacía gratificar ampliamente por la concesión de todos los empleos en esos Cuerpos, entonces muy apetecidos y anhelados.

También cobraba buenas sumas por las múltiples recomendaciones que hacía constantemente a la Corte de personas ineptas para que se les concedieran togas, empleos de Hacienda, hábitos de las órdenes militares. Todos querían ser aquí caballeros cruzados, y los que lo alcanzaron, su buen dinero les costó esa vanidad.

Con la fabricación del aguardiente de caña, antes prohibida con severas penas, hasta con excomuniones, era continua la gruesa corriente de sus ganancias, y no sólo en esto, sino que en todos los ramos metía desatentadamente las manos impúdicas para hacer sucios negocios, y nunca su ambición quedaba satisfecha, acomodándose de riquezas.

Hizo este menguado pillastre que el Ayuntamiento —más menguado que él, puesto que atendió sus malévolas pretensiones— se constituyera en acusador del ejemplar Revilla Gigedo en el estricto juicio de residencia que se le instruyó en España, y del que salió, como no podía menos de ser, absuelto y aun con justos honores encima, y condenado al pago de crecidas costas el pobre Ayuntamiento que se prestó vilmente como medio para que satisficiera Talamanca y Branciforte sus deseos, saliéndose, muy contento, con sus antojos.

De los reyes de España recibió este hombre ruin, nefando, toda clase de favores y de singulares pruebas de afecto: a él y a los suyos les otorgaron altas mercedes, que apenas si se las concedían a los hijos de los soberanos. Siempre encontró en ellos una constante actitud de cariño, una cordialidad segura, y así y todo, este ser desagradecido y de suyo canalla tomó con gran ardimiento el partido de José Bonaparte, traicionando a los que le hicieron tanto bien. Mordió, rabioso, la mano que lo protegió. ¡Era descendiente de príncipes, de los de Bútera, y era grande de España este falaz y desvergonzado tunante!

Todo lo que ansiaba lo iba sacando por los tortuosos e ilícitos caminos del príncipe de la Paz, hermano de su mujer, doña María Antonia. El consentidor Carlos IV no negaba ninguna cosa que le pidiera el gallardo don Manuelito Godoy, pues en él alargaba, por flojedad o indolencia, gran parte de su poder, y, además, le ayudaba eficazmente con su ímpetu juvenil, siempre enhiesto, a sobrellevar las incontenibles fogosidades de la ardorosa María Luisa. ¡Lo que sabía la pradera, lo que sabían los frescos sotos de cabe el río, llenos de encanto galante! ¡Oh plácidas noches del Buen Retiro

y de Aranjuez y paseos por el Canal en falúas de palisandro y oro, con apasionadas romanzas de Farinelli o con los claros violines cortesanos, a los que contestaba al otro lado del río el grato tañer de las guitarras manolascas!

Gracias al buen valimiento que tenía el Excelentísimo Señor don Miguel de la Grúa Talamanca y Branciforte con su apuesto cuñado el Príncipe de la Paz, cuya voluntad se esmeraba en cultivar con sutiles lisonjas y constantes adulaciones para seguir pacífico en la cumbre más alta del favor, ya que debajo del poderío de Godoy estaba todo; gracias a ese turbio valimiento, el bonachón Carlos IV agració a su indigno Virrey con el preciado Toisón de Oro, con el que le galardoneaba, diz que sus buenos, sus inmejorables servicios. ¡Qué capaz que Carlos IV se hubiese negado a conceder el Toisón que le pedía su favorito para el servil Branciforte, si éste, en México, le había alzado una estatua sin par, ciñéndole la frente con simbólicos laureles, y también el gracioso don Manuelito le había puesto en la frente otros simbólicos adornos más contundentes y macizos!

Al saberse en México que inmerecidamente habían condecorado a Branciforte con el Toisón de Oro, no extrañó a nadie el nuevo y grande honor que recibía, pues no se ignoraba que era hombre astuto, de muchos enredos, mañas y engaños, con los que conseguía siempre sus intentos por el fácil camino del valido Godoy. Para celebrar Branciforte dignamente esta merced, de la que se creía, convencido, buen merecedor, dio en el Palacio Virreinal un espléndido sarao y en él andaba rebosante de contento, hollando las cumbres de la felicidad; veía a todo el mundo con altiva conmisericordia, desde lo alto de su jactancioso orgullo.

Pero al día siguiente el Virrey se carcomía de rabia y la Virreina se destrozaba de cólera. Ardían ambos en llamaradas de enojo. Se despedazaban y se comían vivos a sí mismos. Era este formidable coraje porque había aparecido en la esquina de Provincia, en la del Portal de Mercaderes, en el lugar en que se ponía el cartel del Coliseo, en la puerta de la capilla de los Talabarteros, en la puerta principal de Catedral, en el pedestal de la cruz llamada de los Tontos, que estaba en el atrio, y en otros lugares de la ciudad en donde había mayor tráfico de gente, apareció el retrato de don Miguel de la Grúa Talamanca y Branciforte muy enhiesto y soberbio, con todos sus arreos dignatarios y con el precioso Toisón al cuello, pero en vez de rematar con el cordero que es debido, tenía un simbólico gato que estaba como medio sonriendo y con largas, larguísimas y afiladas uñas.

Esto era lo que tenía volados a Sus Excelencias. La Virreina rompió qué sé yo cuántos preciosos abanicos y desgarró muchos pañuelos de encajes, y el Virrey quebró varios bastones, pues, rabioso, golpeaba con ellos en los muebles para desfogarse, tomándolos por el malicioso artífice que lo retrató de manera tan burlesca.

Ofreció el virrey Branciforte una crecida recompensa al que denunciara al pícaro pintor, pero no sólo no se lo denunció nadie, sino que manos hábiles, recatadas bajo sombras de noche, volvían a reponer, presurosas, los re-

tratos que arrancaban los airados alguaciles y los alcaldes de casa y corte, y así el regocijo era inacabable en la ciudad, y así también el coraje de Sus Excelencias no tenía término, sino que estaban a todas horas refrendándolo furibundos, sin acordarse siquiera de ensanchar sus inicuas ambiciones.

CUMPLIDA VENGANZA

El gallardo capitán de la guardia de Alabarderos del Virrey estaba en la puerta de Palacio mirando, muy embelesado, el artificio de madera con que elevaban la estatua ecuestre de Carlos IV para ponerla en su sobrio pedestal. Veía allí al grave don Manuel Tolsá, que dirigía la hábil maniobra y que era el autor de la estatua de madera y yeso dorado que representaba a su Regia Majestad. Ya preparaba Tolsá, en uno de los patios del Colegio de San Gregorio, los hornos para fundirla en bronce duradero. El gallardo capitán estaba absorto, junto con muchos de los vistosos alabarderos, cuando de repente pasó entre ellos, sorprendiéndolos, Su Excelencia el virrey Branciforte, acompañado de unos elegantes gentileshombres. Se sorprendió el capitán de verlo, pues no tuvo tiempo de ordenar los honores reglamentarios. El Virrey, muy airado, le enclavó los ojos en la cara y le pasó de arriba abajo una mirada como si le rasgase las carnes con una daga fría, y echándole encima enojo y desprecio, se alejó luego, enhiesto, deprisa, hacia la plaza, para ver la colocación de la áurea estatua, que se contorneaba en el aire límpido, desparramando fulgores.

El Virrey quedó maravillado de la exacta prontitud con que se colocó la estatua en el pedestal, gracias a la hábil invención de un aparato de madera que todo lo volvió fácil y sencillo. Tan maravilloso era este artificio, que cuando se dio a España cuenta de la obra pidieron con premura los planos de esa ingeniosa máquina.

Volvió el virrey Branciforte a Palacio. Lo acompañaba don Manuel Tolsá, que le mostraba, respetuoso, algunas de las preciosas y finas medallas, obra de don Jerónimo Antonio Gil, de la Academia de las Tres Nobles Artes de San Carlos, que se estaban fundiendo para solemnizar el descubrimiento de la estatua y que los señores virreyes, desde los adornados balcones de Palacio, arrojarían en gran número sobre la multitud. Acompañaba también a Branciforte el ampuloso canónigo don José Mariano Beristáin y Sousa, que le fue a participar con reverencia enfática que ya tenía terminado el sermón que predicaría en Catedral el día del descubrimiento de la "estatua, tan gallarda, corpulenta y sobresaliente". Branciforte se deleitaba hasta el éxtasis con los sermones de Beristáin, en que susurraba profusa hojarasca retórica.

Llegó el petulante Virrey a la Real Casa con toda su larga comitiva. Al ver Branciforte al gallardo capitán de su guardia, se encendió de pronto en fulminante cólera y, encorajinado, dejó correr sin rienda el ímpetu de su enojo; con vehemente arrogancia lo reprendió con crueles y desgarradoras

palabras porque no le había hecho los debidos honores, puesto que él, como Virrey, era en la Nueva España la imagen viva de la persona del monarca. Que esperara, le dijo con el índice vibrante, cerca de la cara, el justo castigo que merecía por el gran desacato que cometió.

Pero el hábil capitán no dejó llegar ese justo castigo, del que era merecedor, pues, sonriendo, lo detuvo muy a tiempo, porque mandó por buen conducto una competente suma de dinero al impúdico Branciforte, quien, ya misericordioso, se bajó en el acto muy solícito a la magnanimidad y no volvió a pensar en la terrible pena con que iba a cargar al capitán de su guardia de Alabarderos.

A este despótico Virrey, la plata y el oro, y aun el cobre si iba en cantidad suficiente, lo ablandaban y enternecían. Le bañaban el alma con lluvia sosegada y se volvía una sedosa tersura. Era una pulida suavidad ante el dinero; derramábase en complacencias infinitas por adquirirlo o echaba todo el rigor de la justicia para que fuera a sus manos de italiano envilecido.

La guerra que traía España con Francia estaba en lo más intenso de su encono. Branciforte desató contra los franceses que vivían en la Colonia una terrible, una encarnizada persecución. Los afligía Branciforte con imposiciones enormes; los encarceló sin piedad en estrechos calabozos, y sus bienes, claro está que todos sus bienes, les fueron confiscados y vendidos y el producto de esas ventas indebidas no fue a las cajas reales, ¡quía!, sino a las particulares del ruin Branciforte.

Don Francisco Javier de Borbón, fiscal del Crimen, y el asesor general, don Pedro Jacinto Valenzuela, por adularlo, injertaron enardecidos la indignidad de su servilismo en el de Branciforte, y pedían a diario, inexorables, en la Sala de Audiencia, con exaltados clamores, el exterminio inmediato de todos los franceses, y más se embriagaron de rabia adulatoria y porfiaban poseídos de sacra indignación, para que a algunos se les diese garrote y que después se clavasen sus lenguas pérfidas en escarpías en las entradas de la ciudad, porque habían osado, los muy irreverentes, hablar con poco decoro de Su Majestad la reina María Luisa, comparándola villanamente a las clásicas gallinas. ¡Válganos Dios, parecerse Su Majestad a las gallinas! ¿Pero cómo eran esas gallinas clásicas a las que se parecía la alegre reina María Luisa? Deben de haber sido, de fijo, todo lo contrario de cómo era la piadosa reina, casta, recatada, llena de buenas virtudes. ¿Con que a las gallinas? ¡Ah, esos franceses! Y subía hasta el paroxismo la celosa y rechinante cólera de los buenos señores.

Por fortuna para los reos, la Sala se componía de magistrados íntegros, fuera de los dos aduladores, y a nadie se privó de la vida. Sólo perdieron, eso sí, todos sus bienes los infelices prisioneros, y Branciforte, con bondad interesada, los dejaba salir de México sin descuidar la amplia cobranza del favor, pues él siempre iba enderezado a su provecho.

¿Y si a estos franceses que diz que ofendieron de modo terrible a Su Majestad y conspiraban contra España les perdonó todas sus demasías, mediante oportuno y sabroso cohecho, pues miraba a sólo su utilidad, poniendo

do únicamente la mira en el bien que le resultaba, pues cómo no iba a perdonar, magnánimo, a un oficial de su cuerpo de guardia que le compró muy bien pagada su conmovedora misericordia?

Pero el apuesto capitán no olvidó la ofensa ni la inconsiderada humillación que le hizo el Virrey delante de tanta gente principal, sino que guardó muy en lo íntimo su resentimiento, lo fue cultivando, lo acendró fervorosamente, gozándose a sus solas con la venganza que iba a tomar del pillo Branciforte.

Doña Luciana de Oyanguren era una mujer radiosa, de alto porte y ágil gracia. Se rebosaba en un otoño opulento. Sus redundantes trajes de bordados damascos o de tisúes o de brocados, que drapeaba exquisitamente con oro o con plata y con los que infringía el severo rigor de pragmáticas suntuarias, esos sus trajes pomposos eran el refinado vértice de las elegancias de la corte virreinal. Doña Luciana de Oyanguren era la esposa de don Pedro Jacinto Valenzuela, el terrible asesor general. Siempre doña Luciana estaba vibrante de risas y siempre derramaba halagos y donaires, por lo que tenía finamente atadas a su corazón todas las voluntades. ¿Todas las voluntades? No, todas las voluntades no, que la señora virreina doña María Josefa Godoy la había hecho caer en lo profundo de su odio. La detestaba porque —poca cosa— Branciforte codiciábala de amores, y ella...

Doña Luciana daba ocasión a que la solicitara el Virrey, quien la servía y regalaba con mucho cuidado. Preciosas joyas de precio fueron a sus manos, y a las de su marido oportunidades fáciles de productivos negocios, que chorreaban abundante oro en sus arcas. ¿Pero doña Luciana de Oyanguren era así, o la adiestraba Valenzuela para que rindiera al Virrey? Doña Luciana de Oyanguren era así y, además, Valenzuela la adiestraba bien para que rindiese más al Virrey. Y lo rindió. Traía fuera de sus sentidos a Branciforte, que andaba enajenado de sí por amarla. Viéndola, le escurría al pobre hombre una sensualidad inacabable de sus espesos labios y de sus ojos parpadeantes y tristes. Valenzuela fue nombrado, por insistentes recomendaciones de Branciforte, para el Consejo de Castilla. Doña Luciana cayó entonces, enternecida, entre los brazos del Virrey, correspondiéndole con frenesí su querer y, ¡claro!, nuevas joyas vistosas, nuevos negocios suculentos.

Ya anduvieron a una sus voluntades. Se dieron primero a apacibles finezas de amor y luego se entregaron a vicios de mozos. La Virreina, de la sospecha vehemente, resbaló, airada, a la realidad; le dijo palabras mayores a su lúbrico marido y le desencuadró en toda la cara un abanico de marfil. La Virreina lloraba; la Virreina escribía largas cartas indignadas a su hermano el Príncipe de la Paz. La Virreina, a cada momento, le decía quemazones a Branciforte, y hasta una vez dijo que le dio una fiera gaznatada que lo echó al suelo y casi le perforó las carnes con democráticas patadas. En Palacio se murmuraba de su desavenencia; se decía que a diario andaban en bregas y en enojos en lo solitario de sus cámaras, en donde sonaba el azote, volaba el chapín y estallaban lindas bofetadas.

Branciforte seguía con ardoroso ímpetu en su pasión; le llameaba en el

pecho aquel amor tardío. Tenía un ansia exaltada de adolescente. A diario veía a doña Luciana, quien también a diario le sacaba abundantes provechos para ella y para Valenzuela, su consentidor y pasivo marido, que no le importaban los cuernos, sino las ganancias.

Una tarde se encontraron ambos en un refresco de dulces y aguas con que agasajaba a los virreyes la condesa del Valle. En el hondo hueco de una de las ventanas de la sala del dosel conversaba el capitán de la guardia de Alabarderos con un maestro de la Real y Pontificia Universidad. Cerca de este sitio estaba doña Luciana viendo, curiosamente, la complicada talla de una cornucopia. El Virrey Branciforte se acercó a besarle la mano, y ella le dijo que a la media noche lo esperaba en su casa, puesto que su marido se había marchado a las minas de Tasco. Recatado por la gran cortina de damasco blasonado, oyó bien esto el capitán, y en sus ojos se encendió la inquietud de una llama de alegría.

Esperaba con ansia el Virrey el fin de la fiesta y con más voluptuosa ansiedad esperó después, en Palacio, la hora de la cita. Ya para llegar ésta, se deslizó con sigiloso cuidado de su alcoba para no despertar a su esposa y, con ella, el temido furor de sus celos y enojos. Bajó rápido la escalera y saliendo por la puerta falsa del parque se lanzó alegre entre la noche, muy embozado en su luenga capa, y tomó rumbo a la casa de su gentil amante. El capitán, oculto en la obscuridad, lo vio salir y se frotó las manos placenteramente.

El Palacio Virreinal estaba en un gran sosiego. Se envolvía en una quietud apacible. Sólo caían en el silencio las claras campanadas del reloj, las lejanas, cristalinas y hondas de los conventos. El capitán fue a la puerta falsa del parque y echó menudas piedrecillas entre la chapa.

Por fin llegó Branciforte. No funcionaba, ¡maldita sea!, la llave. Se encorajinó, se desesperó, pero en balde; no daba, no, vuelta la llave. ¿Qué tendría esa condenada chapa? No había más remedio que entrar por la puerta principal. Se volvió a embozar en su luenga capa. Era una sombra inquieta entre las sombras. Ya llegaba a la puerta principal, arrimándose al muro, como si se quisiera untar en él; ya iba a entrar satisfecho, cuando, de pronto, desgarró el silencio una potente voz: “¡Guardia, el señor Virrey!”, y estallaron en el acto los pífanos jubilosos, sonaron acelerados los roncoss tambores batiendo la marcha, se entrechocaron argentinas las alabardas. Toda la Real Casa se llenó de estruendo sonoro. Branciforte, por encima de su alto embozo, sacó una mirada fulminante. En una de las ventanas apareció la Virreina con un candelabro de plata en la mano. El capitán, respirando hondo, murmuró complacido: “Quería Su Excelencia honores cada vez que entrara o que saliera de Palacio, pues allí los tiene muy sonoros y cumplidos.”

Volvió a caer un vasto silencio en todo el Palacio, pero, traspasándolo, se oía de tiempo en tiempo una vehemente voz de mujer que vibraba airada. Al día siguiente vio pasar el apuesto capitán por el cuerpo de guardia a

un lacayo con un candelabro de plata, y oyó que, conversando con un albardero, le dijo que lo llevaba para que le soldaran un brazo que tenía roto.

Alzó en eso el capitán la vista y vio que por el corredor alto pasaba enhiesto, magnífico, grave, el señor virrey Branciforte y que tenía la cabeza entrapada con espesas vendas. El capitán miró el candelabro y sonrió con malicia.

COSAS DE MARQUINA

MAGNÍFICO DECRETO

No gustaba nada de las corridas de toros el Virrey Marquina. No era aficionado a ellas, como lo fue don Luis de Velasco, “muy lindo hombre de a caballo”, y el evangélico fray García Guerra, y como lo fueron casi todos los señores virreyes de la Nueva España. Marquina les tenía repugnante aversión. ¿Corridas de toros? ¡No, nunca! Mejor, torneos, pasos de armas, correr la sortija, jugar estafermos o pandorgas, tirar bohordos, quebrar lanzas; mejor que hubiera mascaradas o fiestas de moros y cristianos. Pero ¿toros? ¡No, horror!, y no había corridas de toros.

Pero una vez sí que hubo una sin que lo supiera el bueno de Marquina. Al Excelentísimo Señor don Félix Berenguer de Marquina, virrey, gobernador y capitán general de la Nueva España y presidente de su Real Audiencia y Chancillería se le habían extendido por el hígado los humores hipocóndriacos porque se le escalentó la hez de la sangre y se le subieron al cerebro; eso afirmaron los sapientes doctores del Real Protomedicato. Derribado por la enfermedad, cayó en cama Marquina con una calentura liquante, derivada de los humores gruesos que le andaban por el cuerpo desmayándole la voluntad.

Pero pasados unos días lo levantaron los constantes julepes de guayaacán y sasafrás, las copiosas sangrías que le dieron, las ventosas húmedas y fajadas, las cataplasmas de salvia, porque dice un dicho de viejas: “Salvia, salva”, y los fuertes opílativos que para refrescarle el hígado de la destemplanza caliente le suministraron a diario y con mucho tino los médicos, tino que les venía por sus vastos y constantes estudios de años y años. Y así, con todas estas cosas magníficas, se le fue a Marquina el mal y volvió a la salud. Y cuando iba bajando apaciblemente a la convalecencia, fue cuando tuvo lugar aquella corrida de toros que tanto entusiasmó a la ciudad y de la que el pobre señor no tuvo ningún conocimiento.

En la sosegada tertulia que a diario se hacía a los atardeceres en su abrigada alcoba de enfermo, alrededor de su cama, se comentaron los pintorescos lances e incidentes de la bella fiesta de toros.

—Pero ¿de cuál corrida de toros tratan, señores?

—Pues de la corrida de toros de esta tarde, Excelentísimo Señor.

Hasta entonces no se enteró el cacoquimio Marquina que había habido esa tarde una corrida de toros. Se salió entonces Marquina de la apacible calma de su carácter afectuoso, se encendió en repentina cólera y cayó en un frenesí mortal. Puso en movimiento a los gentileshombres de servicio, a los lacayos, a los pajes, a todo el personal de Palacio, para que en el acto buscaran a su señoría el secretario y lo llevaran, sin pérdida de tiempo, ante su presencia, porque la cosa urgía, apuraba. Ya sabían bien que su señoría el secretario estaba o ya en la Catedral rezando devotamente el santo rosario en el altar del Perdón, o bien se hallaba en la mancebía de la Camarona, en la calle de *Las Gallas*.

Mientras llegaba su señoría el secretario, el simplón virrey Marquina se metió en grandes pensamientos, mirando con ojos vagos el jardín a través de los cristales de su balcón. El ancho jardín a esa hora crepuscular se esfumaba con delicada imprecisión y era todo suavidad dulce y gozosa. La fuente musitaba su eterna canción y los árboles cabeceaban blandamente de sueño.

Llegó su señoría el secretario muy atildado y ceremonioso ante el virrey Marquina, haciéndole muchas caravanas y medidas con la cabeza, y Su Excelencia le dictó un acuerdo terminante, magistral, estupendo, para que lo publicara inmediatamente por decreto, sin ninguna dilación. En ese decreto se ordenaba —¡magnífico!— que esa corrida de toros se declaraba nula y sin ningún valor... Y así se hizo.

¡Era mucho hombre, caramba, ese Marquina!

MARQUINA Y HAROUN-EL-RASCHID

Gustaba mucho el virrey Marquina de salir de noche por la ciudad, para enterarse por sí mismo de si se habían cumplido sus bandos, sus ordenanzas y las minuciosas disposiciones que expedía y que él elaboraba, incansable, con grandes esfuerzos, exprimiéndose con empeño el raquítico cerebro como un limón seco al que se le quisiera extraer jugo.

Pero salía por la ciudad disfrazado. ¡Y vaya el estupendo disfraz que se echaba! Se quitaba el peluquín y encasquetábase el sombrero hasta las orejas, se envolvía en su luenga capa de paño y se pegaba un papel sobre un ojo para pasar así por tuerto. Y eso era todo. Creía con firmeza que nadie era capaz de reconocerlo de esas trazas. El pobre hombre era más tonto que una mata de mastuerzo.

Una noche estaba un grupo de revolvedores estudiantes en el portal de Mercaderes en una animada conversación, llena de risas, y al buen Marquina se le puso entre ceja y ceja que eran gente sospechosa y mala que estaba tramando un crimen, o, cuando menos, combinando los planes de una conspiración para perturbar en México la pacífica dominación del rey de España; así es que se acercó con cauteloso sigilo, paso a paso, a escuchar lo que trataban; pero los colegiales, fingiendo que no le habían conocido, lo amenazaron con que, si continuaba oyendo lo que no le importaba saber; pasarían

en el acto a perjudicarle el rostro con una buena ración de bofetadas, con las que lo harían hasta echar pelos por la boca.

Marquina se retiró, pero como se le había metido en su enjuta imaginación que aquella era gente maleante y que él estaba a orillas de la fortuna de averiguar algo de importancia, que sería en bien del sosiego de la república, se acercó lenta, muy lentamente, al grupo, volvió a su curioso empeño de arrimar la oreja a la plática, con lo que los estudiantes se le echaron encima infamándolo todos a la vez, con enormísimas cosas; pero él, en lugar de hacerles frente, se dio a correr de modo desahogado, como si fuera disfrazado de huracán, a todo lo que le daban de sí sus estevadas y endebles piernas de viejo.

Los estudiantes lo seguían con gran algazara lanzándole, como saetas, epítetos truculentos que él se quitaba sacudiendo nada más la cabeza para no oírlos, no fuera a suceder que oyese bien alguno, y tal vez montara en cólera y entonces... El Virrey corría y corría desalado; ya sentía sobre sí patadas y bofetones. Por fin, llegó, jadeante, al seguro del Palacio Virreinal, echando casi todos los bofes por boca y nariz, en fuerza del respiro continuo, como de fuelle apresurado; pero éste se le acabó de pronto al ver con gran dolor de pobre que sus chinelas se le habían partido, reventando todas lamentablemente por la furiosa carrera que emprendió sobre el picudo y mordiente empedrado de la ancha Plaza, y sus ojos se le empañaron de tristeza.

Otra noche en que también rondaba, vigilante, por calles, plazuelas y callejas, lo vieron varios individuos del pueblo, que bien lo conocían, pues en nada alteraba su fisonomía la falta del peluquín y el somero parche que llevaba pegado sobre un ojo; al verlo esa gente del pueblo fingió una enorme riña en medio de la cual metieron con grandes manotadas y gritos al pacífico e ingenuo Virrey y se lo llevaron en agitado rebullicio, zarandeándolo muy de firme, hasta irlo a echar encima de un puesto en el que se vendían frágiles alfeñiques, los que, claro está, rompió en su mayor parte con la violenta caída y luego quebró más, muchos más, por el ansia angustiosa de desenvolverse de su capa para poder sacar las manos y levantarse.

La puestera, al verlo caer sobre su mercancía, lanzó un mugido terrible, como si fuese el de un monstruo paleolítico y hecha una energúmena se abalanzó sobre él queriéndolo derretir con los vivos fuegos que echaba de sus ojos; le metió las manos por las clavículas y, afianzándolas bien, le dio violentas sacudidas con las que por poco lo desarma y lo riega todo por el suelo. Acompañando a estas sacudidas le echaba sin descanso una tupida rociada de denuestos, que pasaban chillando por el aire como cohetes.

Los que lo tumbaron seguían revueltos en el simulado pleito, pero a Marquina, al fin libre de las garras de aquel endriago nacional, le rodaba aún la cabeza de hombro a hombro por el mareo ocasionado por los antelle-vones y las feroces estrujadas, y así y todo aconsejaba con suaves palabras, abriendo sus temblorosos brazos seniles, que dirimieran con calma la cuestión y no a golpes, pues eso era denigrante a la naturaleza humana.

Pero sosegar aquella gente con buenas razones era tanto como intentar abrir ostras por la persuasión, y no lo dejaron exponer sus pacíficas proposiciones de concordia, pues se le fueron encima y se lo llevaron nuevamente en horrible batiboleo. Parecía Marquina munición dentro de botella agitada. Después de mucho zangoloteo le sacudieron un formidable mamporro, con el que voló como leve piedra echada por catapulta medieval y cayó el pobre señor sobre un puesto de loza, en el que causó un descomunal y horrendo estropicio. Allí quedó, tendido, boca arriba, cuan largo era, contemplando, sin moverse, el firmamento.

Hizo Marquina una estrepitosa quebrazón con su caída, pero al intentar levantarse rompía más cazuelas y más jarros, entre los airados improprios que la dueña, otra feroz euménide injertada de pantera, que casi fosforecía de coraje y que se le abalanzó queriéndole arar la cara con las uñas, pero fue a tropezar, por fortuna o por desgracia, con un molinillo de los que vendía y con él le batió las costillas a Su Excelencia, uniendo a la rotunda operación injurias corrosivas, y en ellas colaboraba de modo eficaz la otra arpía, la de los alfeñiques.

El buen Marquina, sin descomponerse, sin alterarse en lo más mínimo, pagó muy cortés a las enardecidas mujeres los gastos del enorme estropicio y tras de arreglarse cuidadosamente los pliegues de su ancha capa de paño, se fue tranquilo, erguido, medurado, digno, hacia el Palacio Virreinal.

NI SALOMÓN...

El virrey don Félix Berenguer de Marquina era hombre afable, apacible y de muy poco seso. Tenía cortos alcances el señor virrey Marquina. Su cabezota era muy dura, y la cosa más sencilla, más insignificante, batallaba por atravesar su macizo cráneo. Se encantaba cargando de sutiles minucias los asuntos más baladíes. Todo lo pensaba, lo medía largamente con paciencia parsimoniosa y siempre salía su resolución malísima y fatal. Su torpeza iba a la par con su honradez. Llegó pobre, pobre se fue de la Nueva España.

El virrey Marquina a nadie quería contradecir, todo ansiaba conciliarlo allanando, contento, dificultades. Ningún acontecimiento, ni el más grave, lo sacaba de su mesurada compostura, de su calma habitual. Jamás hizo mal y en todo ponía la gracia de su clemencia. Su gobierno sólo mejoró la ciudad con una fuente, y ya dice el pasquín el mal empleo que tuvo esa obra del solícito Virrey, en la que puso toda su atención y cuidado:

Para perpetuar memoria,
nos dejó el virrey Marquina
una fuente en que se orina,
y aquí se acabó su historia.

Le llevaron en una ocasión el grueso legajo de un enrevesado y tortuoso pleito lleno de copiosos dimes y diretes de abogados enredadores, trapaceros, de esos que todo lo alteran. Cortés pedía a Carlos V que mandara prohibir el paso de gente curial a la Nueva España, y con razón pedía esto

don Hernando, pues como sólo viven de las diferencias ajenas que fomentan y amparan por la cuenta que les tiene, no son nada útiles para el sosiego de una buena república, ya que todo lo revuelven, lo sutilizan y lo empeoran con sus argucias y razones.

En ese pleito que le llevaron al virrey Marquina, el oidor ponente de la Real Sala que sentenció era, de seguro, un grave varón, muy lleno de saber, porque puso una larga resolución, basándose en leyes y en reales órdenes que supo aplicar con exactitud precisa e indiscutible, y la reforzó bien con contundentes latines jurídicos de Papiniano, de Modestino y de Ulpiano.

Pero el fiscal pedía una cosa diversa, apoyándose con habilidad de maestro en irrefutables argumentos y en sólidas disposiciones de las *Partidas*, del *Fuero Juzgo*, del *Fuero Viejo de Castilla* y del *Fuero Real*, de la *Nueva Recopilación*, de las *Ordenanzas generales del Consejo Real de Indias* y del *Cedulario*, de Puga; y, a su vez, el asesor general revolvía totalmente lo contrario con magníficas, con incontrovertibles razones, demostrando claramente su aserto con leyes sacadas de las *Partidas*, del *Fuero Juzgo*, del *Fuero Viejo de Castilla* y del *Fuero Real*, de la *Nueva Recopilación*, de las *Ordenanzas generales del Consejo Real de Indias* y del *Cedulario*, de Puga, y con sentencias de Papiniano, de Modestino y de Ulpiano.

Le llevaron al virrey Marquina el disforme mamotreto y se quedó perplejo, con los ojos llenos de azoro, casi bizcos, ante ese formidable rimerio de papel sellado. Haciendo un gran esfuerzo, apenas se atrevió a ponerle encima su mano lenta, con gran cuidado, como si la colocase sobre cosa espinosa. Metía miedo el obeso expediente. ¿Cómo era posible que se escribiera tanto? Ese voluminoso cartapacio se le asentó a Marquina en el pensamiento aplastándose, y ya no lo dejó discurrir cosa alguna en muchos días. Apenas si atinaba a comer. Los insomnios se enseñorearon de sus noches. El pleito, sólo el pleito, únicamente ese terrible pleito le llenaba sus horas. Lo tenía siempre delante de sus ojos y, a la vez, lo tenía metido, apelmazado, en los estrechos aposentos de su cerebro.

Por fin, se decidió, y noches y más noches y días enteros se pegó insaciable a la lectura de aquellos interminables papeles. Se tragó con heroico denuedo toda aquella espesa lectura y quedó al fin con el cerebro haciéndole olitas y los ojos estrábicos, como si le hubiesen dado un garrotazo en la nuca. Quedó el pobre hombre como si no hubiese leído cosa alguna del pleito. Volvió a principiar con más ardor la lectura, y luego que le dio fin se convenció de que no había entendido nada, nada en lo absoluto. Se le atascaba el pensamiento entre aquel árido mazacote y a duras penas lograba sacarlo su voluntad y se volvía a meter con más ímpetu y ahínco entre los innumerables folios de barbudo papel de Manila. Las luces de muchos amaneceres le sorprendieron fatigado sobre esos papeleríos. Oía el claro despertar de todos los campanarios de la ciudad; hasta él llegaban los cantos largos y ondulantes de los canteros y los rítmicos golpes de sus cinceles golpeando en las piedras francas que labraban para la fábrica de la Santa Iglesia Catedral.

Tras de numerosas lecturas del abultado legajo y después de haberse echado a pechos, de pasta a pasta, el cardenal Luca, los *Autos acordados*, de Montemayor y Beleña; el *Regio Patronato de Indias*, de Rivadeneira, y el *Patronato*, de Frasso; la *Política Indiana*, de Salazar y Pereyra, y de haber removido la *Recopilación*, las *Partidas* y el *Cedulario*, de Puga, y muchos otros formidables cuerpos de leyes; después de haber deletreado con mucho afán unas páginas del *Digesto* y de haber tenido largas meditaciones, dando pensativos paseos por las extensas salas de Palacio, después de todo eso, escribió sin vacilar el infelizote Virrey este sesudo, este incomparable proveído:

“Como opina la Real Sala, lo pide el Fiscal y le parece al Asesor General, aunque no me parece a mí.—*Marquina*”, y respirando hondo, con gran satisfacción, puso bajo su nombre la rúbrica, su rúbrica complicada y prolija, y echándose sobre el respaldo del sillón sonrió de manera incomparable, como si hubiera descubierto el origen de las causas finales o resuelto el arduo problema del conocimiento.

LA VACUNA

¿Que hizo mucho dinero? Sí, hizo mucho dinero. ¿Vendió empleos? Los vendió a muy buen precio. ¿Daba concesiones, monopolios y estancos, que grandes rendimientos le llevaban a sus arcas particulares? Sí, dio vastas concesiones, numerosos monopolios y estancos, que le acumularon bastantes rendimientos. ¿Cuando vino a México introdujo sin registro mercancías? Pasó de contrabando fardos y fardos de géneros ricos, que vendió después con enormes ganancias. ¿Traficó en ropa de China y con el aceite, cacao y azogue que traía la nao perulera a Acapulco y con los géneros del navío de Inglaterra, llamado de permiso? Sí, traficó con gran habilidad, poniendo su interés en otras manos que sabían procurarle suculentos beneficios. Todo eso y más, mucho más, hizo el virrey don José de Iturrigaray, que se ingeniaba sagazmente para imponer arbitrios, de los que se le quedaban entre las manos buenas sumas, pero los bienes que derramó en la nueva España, las leyes piadosas que dictó e hizo cumplir, los edificios con que engrandeció a esta noble ciudad de México y los abusos que venían pasando inacabables, negros, de gobierno a gobierno, él, sonriendo afectuoso, todo bondad dulce, suprimió con energía, y con mayor energía castigó a los que se salían de sus disposiciones.

Don José de Iturrigaray era sencillo, llano sin complicaciones ceremoniosas; era hombre lleno de comprensión, de dulces solicitudes, de indulgencia y de piedad. Sobre todo de piedad; ¡cuánta piedad y tolerancia tuvo hasta para sus mismos enemigos! No había indulto que le pidieran que no lo concediera al instante, afable, gustoso. No había nada que se le solicitara sin que él pudiera negarlo. El *no* casi nunca sonaba en sus labios, a no ser que fuera para evitar un daño. Recomendaba siempre prudencia; recomen-

daba sólo deseos de hacer bien, de ver las cosas con simplicidad, con una visión humilde, y que lo demás ya vendría por añadidura. Con un corazón así, abierto al bien, se hacía más fácil el andar por la vida. Iturrigaray era un hombre bueno, ampliamente bueno.

Todas las noches, al acostarse, suplicaba a Dios, con sincero fervor, que le quitase todo deseo de venganza; que sus malos propósitos, sus intenciones aviesas, se las tornara en deseos de concordia y de paz, y el Señor le concedió lo que pedía y le puso una dulce serenidad en el alma que le suavizaba los días e hizo que viera a todos los hombres con amorosa piedad, como a criaturitas desvalidas a quienes tenía obligación de proteger, pues su puesto de Virrey estaba convencido que era sólo para derramar beneficios, no para soltar odios y rencores azuzados por las pasiones innatas. Aunque Iturrigaray fue el primero que se benefició, no importa eso nada al lado de los bienes que hizo. Iturrigaray era hombre bueno, sensitivo, cordial. No descansaba en hacer mercedes; lo veía todo al través de la misericordia.

Trató siempre, con empeñoso tesón, de impedir las inundaciones de México. Él mismo iba a activar, dando buenos premios, las obras del desagüe, y muchas veces se le vio tomar la azada, con humildad de peón indio, para estimular a los trabajadores. El sudor le corría copioso por el rostro bajo el peso del sol. Con su traje de seda bordada, con los encajes leves de su chorrera, con su chupa holosérica, con su peluca blanca de rizados aladares, con sus vislumbrantes chinelas de charol, estaba inclinado Su Excelencia cavando afanoso la tierra, que echaba un vaho caliente por entre el cual se veía palpar el paisaje, dorado y azul. Trabajaba el Virrey con ardor; desvolvía la tierra y rompía el campo como el más insignificante siervo de la gleba; a veces animaba su trabajo con un cantar, remota copla de infancia, que se iba lenta y alegre por el llano ante los caballeros nobles de su cortejo, ante los gentileshombres y pajes que le rodeaban y ante las damas, pompa y claro esplendor de trajes verdes, azules, violetas, rojos, grises, de intenso flavo, recamados de oro y de plata, y sobre las que se erguía, entre rasos, blondas y tisúes, la blancura lozana de la Virreina como un alabastro luminoso. Al ver doña Inés a su marido sudando y agobiado, le iba a enjugar el rostro con el fragante pañizuelo de randas; le llevaba agua, ya en leve vaso de cristal o en jarro de Guadalajara, que le llenaba la boca con el encanto de su perfume, o bien le llevaba un limón que, entre las manos blancas, parecía bajo el sol una madeja de luz.

Una vez, en esas labores que gustoso se imponía el virrey Iturrigaray, y que animaban a todos, fue a dar a un fangal, en el que poco a poco se fue hundiendo y en el que estuvo a punto de dejar la vida. Las damas daban gritos y lo veían con ojos grandes y atónitos, en tanto que los caballeros del acompañamiento y los maestros que dirigían las obras hacían esfuerzos con ansiedad, inauditos esfuerzos, para sacar al Virrey de aquel peligroso atolladero, en el que cada vez se iba atascando y sumiéndose más y más. Las damas, llenas de aflicción, consternadas, llorosas, ofrecían exvotos, misas, no-

venas, trisagios, peregrinaciones al Santuario de los Remedios y a la Colegiata de Guadalupe si salía bien Su Excelencia de aquel difícil trance en que se hallaba; salió, al fin, bien Su Excelencia, después de muchos trabajos.

Ya libre Iturrigaray del grave peligro que corrió, a todos sonreía afable, bondadoso, agradecido; pidió un traje para mudarse, y le consiguieron el vestido dominguero de un labrador, vestido que olía a las toronjas y a los membrillos con los que estaba guardado en el arcón familiar, vestido que fue el de la boda y que, indudablemente, sería también el del entierro de aquel buen hombre que veía con ternura suave al Virrey, pareciéndole que al ponerse sus ropas les había agregado un lujo invisible, una gracia, una distinción desconocida, que no sabía él a punto fijo cuáles eran, pero allí estaban presentes. Ya con ese vestido se dio Iturrigaray tranquilo a la tarea que se había propuesto de cavar una buena haza de tierra, y la cavó en largo rato, bajo las miradas curiosas y dulces de damas y caballeros, cargadas de admiración afectuosa.

Pero el mayor bien que hizo el virrey don José de Iturrigaray a México fue el de la introducción de la vacuna, con la que salvó a miles y miles de seres de las espantosas, asoladoras epidemias de viruelas, que hacían grandes estragos en toda la nueva España. “No se veían en las calles sino cadáveres, ni se oían en toda la ciudad sino clamores y lamentos; se hacían rogativas públicas, devotas procesiones y solemnes novenarios a las santas imágenes a quienes el pueblo tributaba más particular veneración y afecto, y, finalmente, todos los objetos concurrían a una imponderable consternación.” Espantaban las profundas zanjias abiertas en los cementerios de los templos para echar montones hediondos de cadáveres. Las campanas de todos los conventos y de todas las iglesias llenaban el aire con sus dobles graves, solemnes, lentos, profundos, y entre ellos pasaban plañidos largos, de angustia desolada, que erizaban y estremecían: “¡Misericordia, Señor!, ¡Piedad!, ¡Ave María Purísima!”, y tras esos gritos brotaban sollozos...

Sabía el Virrey la utilidad, la enorme utilidad de la vacuna contra la viruela, que acababa de descubrir en Inglaterra el famoso médico Jenner. En todo este nuevo continente era desconocida la eficacia de ese preservativo admirable. Mandó traer pus a España, y de allá venía entre dos trocitos de vidrio unidos entre sí con cera o lacre. Los sabios doctores del Real Protomedicato predicaban sin cesar y por dondequiera, hasta desgañitarse, que la vacuna era contraria a los sagrados cánones, que estaba su aplicación en contra de la ley de Dios y que con ella se contraía, indudablemente, un mal cierto por uno dudoso. Iturrigaray aseguraba que no era nociva, sino que el pus entre los cristales llegaba a México descompuesto, ya ineficaz, por el largo viaje de navegación, y que por eso no daba los resultados buenos que debía dar; que en otras condiciones sí eran seguros sus efectos preservativos. Los protomédicos y demás doctores de la ciudad afirmaban, con abundante copia de excelentes razones, que no era por la descomposición por lo que no servía ese virus asqueroso y maligno, sino porque el principio de la vacuna era el malo y el perjudicial, y que la prueba era que al que se lo

aplicaban le venían con mayor fuerza las viruelas y no escapaba con nada de la muerte.

El Virrey y la Virreina, que ya conocían bien sus efectos, por todas partes lo publicaban sin descanso; no cesaban de decir sus magníficos resultados, la inmunidad absoluta que producía para no contraer el tremendo y temido mal que tan horrendos estragos causaba en la Colonia. En las fiestas en Palacio, en las fiestas de las casas particulares, en los paseos, en el Coliseo, en los locutorios de los conventos, en dondequiera ponderaban con entusiasmo lo bueno de ese singular preservativo, que para siempre ponía a cubierto de la temida, horrible enfermedad. Nadie les creía. ¿Qué sabían de eso los virreyes? Más sabían los doctores, que lo negaban.

Entonces se recurrió, a iniciativa de Iturrigaray, a otro medio para tener el pus fresco en México. Al salir la flota de España embarcaron en ella numerosos niños, dos de los cuales iban vacunados; al prenderles a estos niños la vacuna se la pasaron a otros dos, por si en alguno de ellos fallara, y de éstos a otros dos, y así sucesivamente, hasta que se arribó a las islas Canarias; allí se dejaron a los muchachillos que habían sacado de España y los repusieron con otro grupo numeroso, al que durante la travesía hasta Puerto Rico le fueron pasando la vacuna de brazo a brazo, y de Puerto Rico tomaron más niños, a los cuales se les iba inoculando de dos en dos, hasta anclar en La Habana, en donde se quedaron éstos, y ya con otros chiquillos, a quienes fueron transmitiendo la vacuna humanizada, se llegó al fin a Veracruz después de cuatro largos meses de navegación. Todavía de Veracruz a México se tuvieron que vacunar a otros niños, y así llegó a la capital de la Nueva España el pus tan ansiado por don José de Iturrigaray.

En el acto se puso la vacuna a varios muchachuelos del Hospicio de Pobres. ¡Pobres niños huérfanos sin un amor firme que se opusiera a que en ellos hicieran experiencias que se creían mortales! Al tener estas desgracias criaturitas el grano en sazón, convidó el Virrey al Real Tribunal del Protomedicato, al Claustro Universitario, a los maestros de todos los colegios, a los Tribunales, a los señores de la Real Audiencia, a los señores Cabildo, Justicia y Regimiento de la Nobilísima Ciudad, a los prelados de las religiones y a toda la nobleza. Con este largo y numeroso cortejo, en carruajes tras la carroza que conducía a los virreyes, seguida a caballo por los dignatarios de Palacio, se trasladaron Sus Excelencias al Hospicio, entre el asombro de la gente, que se agolpaba en las calles a ver el espléndido y vistoso desfile. Ya en el Hospicio, en una vasta sala, en presencia de tan escogido concurso, vestidos todos con sus trajes suntuosos, el profesor don Juan Arboleya inoculó, ante el azoro general, al hijo más pequeño del Virrey, del que se aseguraba que, sin género de duda, iba a morir a los pocos días.

Pero como, claro está, esto no sucedió, fue ya suficiente para persuadir en el acto de la eficacia de la vacuna, pues si no hubiera tenido Iturrigaray, como la tenía, la seguridad absoluta de sus buenos resultados, no hubiese permitido por nada del mundo que se le pusiera a su hijo aquel virus que se

creía maligno, y más se convenció la gente de las infalibles propiedades de la vacuna cuando con ella se detuvo la epidemia.

De México se propagó la vacuna por todo el reino y después por todo el continente, bajo la dirección del sabio don Francisco Javier de Balmis. Así se acabó con el horror de aquellas largas epidemias que asolaban las ciudades y en las que no se oían más que sollozos y los dobles, largos, tristes, de las campanas, y no se veían pasar por las calles sino entierros y constantes rogativas que llenaban el aire con sus salmodias plañideras, con sus cantos monótonos, desolados, llorosos, lastimeros.

Con este beneficio efectivo a México, uno de los mayores que se le han hecho, tenía don José de Iturrigaray un singular contento, que le resbalaba apacible y dulcemente por el corazón, gozando de toda la alegría mayor. Probó con eso destellos de gloria. Sólo cuando salía al balcón de Palacio y veía el horrendo Parián se le enturbiaba su íntimo deleite presintiendo, sin duda, la desgracia que para él saldría de ese lugar, guarida en la que maquinaban los realistas, los futuros y tenebrosos *chaquetas*. Su rostro se le llenaba de sombras, y viendo al Parián con sus ojuelos grises, diminutos, un poco ingenuos, un tilde picarescos, decía, mordiendo las palabras.

—¡Ah, maldita casa de vecindad, quién te viera destruida!...

CONSPIRACIÓN FAMOSA

En aquel mes de julio del año de 1808 llegaron de España noticias tremendas, envueltas en agria gritería de motines y en vapor de sangre. Carlos IV había abdicado a favor de su hijo Fernando VII, y a este “marrajo y cobarde”, como le llamaba su liviana mamá, lo echó Napoleón a patada limpia del trono y puso bajo su vieja púrpura a su hermano José Bonaparte, dicho el *Tuerto* y también *Pepe Botellas*. Fernando, siempre vil, besaba, lleno de humilde fervor y de agradecimiento, la pesada mano corsa que lo abofeteaba, y hasta la bota imperial que lo lanzó en un solo impulso fuera de España; la adoraba, la cubría de llanto y la veía con ternura agradecida.

Ya no quedaban ni restos del poder omnímodo del petulante y lindo Godoy, que entre María Luisa y su consentidor marido repartía a estrictas partes iguales el ímpetu de sus favores, resultando muchos de los hermanos del mezquino Fernando de un escandaloso parecido con el favorito y ambicioso Príncipe de la Paz. España se oponía, heroica, a los designios del Cíclope corso. En México, con todas estas noticias, la gente pacata ponía largos clamores en el cielo y le demandaba favor con ojos llenos de ansiedad y de lágrimas. Los criollos, pospuestos siempre y siempre humillados, tenían un encendido alborozo en el alma, porque creían que había llegado el momento feliz de independerse de la Metrópoli, y los españoles veían con tristeza que se les deslizaba rápido de las manos el áureo filón que explotaban contentos y dichosos, y buscaban con ansia la manera de asegurarlo.

El veleidoso canónigo don José Mariano Beristáin y Souza dejó los papeles de su *Biblioteca hispanoamericana septentrional*, y aullaba en Catedral con violentas metáforas y con el desconsuelo místico de los antiguos profetas. El virrey don José de Iturrigaray soñaba con deleite en ser el soberano de Nueva España. El partido americano le atizaba hábil y dulcemente sus sueños de grandeza. El metalista Rodríguez Alconedo labraba la corona real muy en secreto, y largas horas se quedaba Su Excelencia viendo sus repujados exquisitos, los reflejos de sus piedras preciosas y sus leves orfebrerías. El Virrey y su esposa, doña Inés de Jáuregui, ponían en esa corona suaves sonrisas complacidas y miradas largas, llenas de esperanza, apretándose las manos sobre el damasco del diván en que se sentaban a contemplarla.

Los europeos, o gachupines, andaban torvos y disgustados con el Virrey. Se decía que los criollos se estaban organizando de modo temible, y que, cuando menos se pensara, saltarían como violentos resortes sobre los españoles, pasándolos a cuchillo para evitar que nadie se opusiera al coronamiento de Iturrigaray como rey de México independiente. Se reunían en juntas secretas numerosos comerciantes, hacendados, militares, hombres de pro, instigados todos por don Gabriel de Yermo. Un tal Aguirre, un tal Larriba y un tal Zagazurrieta, ladinos y pérfidos, decían violentos, feroces discursos contra Iturrigaray, en que traidor y desleal era lo menos que le llamaban. Aseguraban, con documentos falsos, esos infames pillastres que la Real Audiencia y todos los tribunales estaban de su parte y en contra del Virrey, y así fueron aumentando muchos prosélitos y los exaltaban a diario con sus prédicas ardorosas y los comprometían a proveerse de armas y de municiones y a traer a otras personas a la causa. Debían estar siempre listos, esperando la orden para obrar. Sobre toda aquella conjuración don Gabriel de Yermo corría delirante, ávido, como llama en viento. Dice el padre Mariana, hablando del infante letrado don Juan Manuel, autor del delicioso *Conde Lucanor*, y sobrino de Alfonso *el Sabio*, que “era de condición inquieta y mudable” y que “a muchos parecía nació solamente para revolver el reino”. Así, como este infante, era de turbulento y terrible don Gabriel de Yermo.

A diario se le hacían cargos al Virrey, que estaba entre la alegre alharcaca de la plaza de gallos de San Agustín de las Cuevas, y como allí le llevaron los papeles que habían llegado de España y entre ellos estaba uno en que se daba cuenta de la abdicación del Soberano, lo leyó Iturrigaray en alta voz para que se enterase el público de tan tremendo suceso, que todo se contristó, pero que el Virrey, sin mostrar ni un leve asomo de pena, siguió contentísimo como si tal cosa, con todo su entusiasmo puesto en el palenque donde reñían muy ensangrentados un bravo giro y un búlque; que se complacía en decir que el deseado Fernando no volvería jamás al trono de España; que, sin importarle las conmovedoras aflicciones del Rey, no dejaba de ir Su Excelencia a los toros ni a las peleas de gallos; que organizaba cabalgatas vistosas, elegantes, en la Calzada de Bucareli, como si la ciudad no tuviera una gran pena, y que en ellas era él un puro y alborotado regoci-

jo; que cuando se juró fidelidad a Fernando VII aprovechó el paseo que se hizo a caballo por la Alameda para atraerse a infinidad de gente del pueblo, con la que iba hablando, halagándole sus malos sentimientos de criollos; que cuando descubrió el retrato del soberano en el balcón de Palacio, la plebe, en vez de vitorear al Rey desventurado, lo aclamaba a él con entusiasmo, y más fueron los vítores que le echó la multitud cuando le arrojó abundante dinero, lo que hizo con el único fin de aumentar su maldita popularidad; que se rió e hizo mofa de la gente entusiasta que bailaba alrededor de la estatua de Carlos IV, elogiándole el magnífico hijo que había engendrado; que vio con risueño desprecio a los numerosos caballeros que traían en el sombrero el retrato del buen rey Fernando, ya impreso en cintas de colores, ya en estampas, y en torno del cual había orlas vistosas con vivas y con loas; que mandó suspender el repique, diciendo que era ya muy largo y ruidoso, unido, como estaba, a las estridencias de las músicas; que se sabía bien que ya había decidido llamarse José I; que la Virreina admitía, complacida y dichosa, que la servidumbre le diera el tratamiento de Majestad, y que a sus dos hijas se les iban a dar, respectivamente, los títulos de princesas de Tacubaya y de Texcoco.

Vinieron a aumentar la exaltación de los conjurados don Tomás de Jáuregui, hermano de la Virreina y enconado enemigo de Iturrigaray, porque no le quiso dar éste todo el dinero que le pedía, y el brigadier de marina don Juan Jabat, también enemigo acérrimo de Iturrigaray, por haberlo echado de México, donde quería permanecer gozando de grandes sinecuras y momios, pero sin trabajar; eso no, porque él no había de envilecer, ¡qué capaz!, sus manos nobles, ni menos su exquisita inteligencia, discuriendo cosas buenas para esta tierra. Vinieron estos petulantes señores, diz que comisionados por la Junta de Sevilla, para intervenir los tesoros de México y exigir el reconocimiento de Fernando VII. Iturrigaray los mandó con desprecio enhoramala, pero en las juntas que tenía con los señores de la Audiencia y con los del Ayuntamiento, y que no eran sino un alborotado, un confuso barullo, en las que nadie entendía a nadie, quiso, sinceramente, separarse del mando e irse a España a buscar una apacible tranquilidad para su vida; pero el licenciado don Francisco Primo Verdad y Ramos lo convenció de que no hiciera tal cosa, por los graves daños que se originarían con su separación del gobierno. Iturrigaray veía ya lejos de su cabeza la deseada corona, pero la cálida luz de una esperanza no extinguida volvía a erigir su castillo interior.

La noche del 15 de septiembre fueron ceremoniosamente los oidores a despedirse de Su Excelencia; estuvieron con él, cosa extraña, amables, obsequiosos y gentiles; con frases pulidas le desearon, sonriendo, que pasara esa noche muy feliz. El Virrey los obsequió con pasteles, peteretes y malvasía. Del Palacio Real se fueron al arzobispal los falaces oidores, en donde ya los esperaban muchos conjurados, exaltados por el terrible Yermo. Su Ilustrísima don Javier de Lizana y Beaumont los bendijo a todos y los ex-

hortó muy enternecido, como si de allí saliesen a pelear contra el moro. ¡Qué dulce, qué evangélico y elocuente estuvo Su Ilustrísima!

La virreina doña Inés de Jáuregui llegó del Coliseo con sus damas y, para meterse en cama, leyó unos burlescos papeles del *Pensador Mexicano* y, tras de esa lectura, se asomó al balcón para ver el sosiego de la noche y notó, muy extrañada, una multitud que iba y venía sin parar por la plaza, y entre ella reconoció al inquieto Aguirre y al exaltado y feroz don Gabriel de Yermo, con los brazos abiertos, sacudidos con exaltación en el ruidazo patriótico de una oratoria chabacana. En los portales de las Flores y en los portales de la Diputación estaban los Voluntarios de Fernando VII, como ellos se decían, o *chaquetas*, como el pueblo los llamaba, y que no eran sino los comerciantes españoles y sus dependientes. También bajo la sombra del portal de Mercaderes se agitaba la negra masa de una muchedumbre.

La Virreina, anhelante, turbada, confusa y con mil desconfianzas, fue a decir a su marido lo que había visto desde el balcón, pero el buenazo de Iturrigaray ya dormía tranquilo, a pierna suelta, y al oír las atemorizadas, justas razones de su esposa, riéndose, se volvió hacia el otro lado y tornó a pegar el sueño con una inconsciencia feliz. Creía que se lo vigilaban los insignificantes "cuartillitas" que guarnecían la plaza, pero ignoraba el cándido Virrey que sus jefes estaban ya hasta cobrando buen sueldo del lado de los sublevados. Es más fácil engañar a quien no engaña. Además, pronto estaría en México el regimiento de infantería de Celaya y la caballería de Nueva Galicia; esto aumentaba su confiada tranquilidad, y el sueño lo seguía envolviendo en su apacible encanto.

Con grandes recelos se fue a su alcoba la Virreina. Temblaba en la sombra. En sus ojos azules, apacibles, había lágrimas. Se sentía aprisionada con cadenas de helado pavor. ¡Si estuviera, ay, en México don Ignacio Obregón! Risas y suaves encantos fueron entonces sus días. Y recordando remotas delicias se le fue el pensamiento plácidamente a la dulzura de otras horas felices. Estaba en deliquio, acariciando con lentitud amorosa sus recuerdos, cuando sonaron violentos, repetidos golpes a su puerta, entre un confuso vocerío, que le aplastó sus ensoñaciones. Se le murió el corazón dentro del cuerpo a la Virreina. Sólo parecía viviente por el temblor con que palpitaba.

Saltó hecha astillas la puerta, y a la humosa luz de las hachas entraron en la alcoba infinidad de hombres, derribando cuanto había en ella, entre maldiciones y espeluznantes blasfemias. Pensó la acuitada doña Inés en sus hijos pequeños, Pilar y Vicente, y corrió, llena de desesperada angustia, al tocador en que dormían. Una de sus criadas apenas le echó encima un ropón. Aquellos hombres mal fachados la enlodaban con soeces palabras, la ponían a las mil lindezas, y ella, abrazada a sus hijos, sólo lloraba, muy blanca. Cuando la llevaban por el patio vio, con ojos anchos y ávidos, que otra turba algarera cercaba a su marido y escarnecía de él, gozando en su bellaquería; vio, a través del temblor de sus lágrimas, que él le envió una

larga mirada amorosa. Los virreyes padecían terribles ignominias de afrentas. Todos les iban haciendo insolencias, tratándolos con desvergüenza y odio, y lo hacían con tanta infamia y tan indignamente, que no podía ser peor.

A la señora Virreina la llevaron en silla de manos al convento de San Bernardo, con sus dos hijos pequeños. Las monjas la acogieron con piedad deliciosa. Al verse doña Inés de Jáuregui en aquel blanco refugio de paz, se le tersó un poco la congoja. Al virrey Iturrigaray lo condujeron, en un coche, a la Inquisición para hacer creer al populacho que se le procesaba por hereje, junto con sus dos hijos mayores, vigilado por un alcalde de corte, todo ojos y aspereza, y por el intrigante canónigo don Francisco Xarabo, bien cebado y grasiento. Un cañón iba delante del carruaje y otro cañón atrás, amenazando con sus bocas negras; un sinnúmero de *chaquetas* rodeaban el carruaje, ardiendo en furor y rabia contra el indefenso Iturrigaray. Ya en la Inquisición el Virrey, custodiaron el sombrío edificio los muy infatuados y ridículos *chaquetas*, creyéndose genios de la guerra.

Los jefes de esta inicua conspiración, se dieron en el acto a revolver con afán en los papeles del Virrey, y no le hallaron uno solo que lo comprometiera ni en lo mínimo, lo que los desazonó y enojó mucho, pues en los que encontraron no podían interpretar a su manera traición ni deslealtad alguna, porque no tenían nada torcido ni falso. Hasta dieron con una estampa con la repulsiva imagen de Fernando VII, y en torno de su carantamaula de pícaro castizo, se leía impreso: "Rey de España", y en seguida, con letra de Iturrigaray: "y de las Indias". Deseaban, con buen corazón, que hubiera tenido siquiera un insulto somero; eso habría sido su fortuna. Abrieron el pliego de mortaja y se enteraron, con enorme disgusto, que el Rey nombraba, en caso de que falleciere don José de Iturrigaray, al brigadier don Roque Abarca, presidente de la Audiencia de Guadalajara, lo que no les convenía. Después se dieron a descerrajar bargueños, mesas y contadores y se repartieron, entre disputas, como era natural, las numerosas alhajas, perlas, piedras preciosas y dinero que encontraron por sus cajoncillos. Abrieron, en ansiosa busca de papeles, una alacena de talladas hojas y floreado cerrojo, que estaba en el despacho de Iturrigaray, y vieron con desdén que en una de sus tablas estaban amontonadas muchas cajas que tenían pegado un rótulo entre una orla de flores que decía, con gruesas letras negras: *Confites de la Encarnación*, y en otras: *Piñonate de Balvanera*. *Mazapanes*. *Jengibres*. Había también en otra tabla abultados paquetes que tenían escrito: *Chocolate de Regina*, y, además, estaban allí muy acomodados, llenando casi toda la alacena, unos largos envoltorios en papeles de colores, atados pulcramente con cintas, en cuyo frente había unos marbetes en los que se leía, de letra misma del Virrey, ya *Duraznate*, ya *Membrillate*, o bien *Gua-yabate*, o *Mermelada*, o *Bocadillo de almendra*, o *Pasta de coco y huevo*, o *Alfeñiques poblanos* o *Turrones de yema*. Todo eso era, de fijo, dada la melindrosa pulcritud de su aspecto, deliciosos regalos de monjas, y, por lo mismo, cosas esplendorosas, hechas con mil refinamientos sabios para darle

placer al paladar de Su Excelencia. También estaban allí unas cuantas botellas envueltas cuidadosamente en papel de china, y encima de su envoltura se leía: *Vino de los Moriles, rosolis, jarabe de granada, jarabe de agraz, malvasía espumante, agua de guindas, agua arzobispal, agua de rosas, ratafia de anís, chicha, granitos de cacao para la tos.*

Un oidor tuvo el muy justo antojo de probar aquellos santos confites de las monjas de la Encarnación, que enaltecían el paladar, y un canónigo, gordo y lustroso, quiso, con razón, saborear un poco de aquel vino de los Moriles, añejo y oloroso sin duda, que le iba a inundar de magníficos bienes el alma y a llenarle la boca de un perfume inacabable, su pobre boca, que estaba seca por tanta fatiga de andar desclavando muebles en ansiosa busca de dinero y joyas, pero, principalmente, de papeles, que lo otro, decía él, apretando en el bolsillo lo que había hurtado, eran sucios bienes terrenales de los que no hay que hacer caso nunca y sólo verlos con desprecio y asco, como cosas del diablo.

Arrebató el repolludo canónigo la codiciada botella y se la embocó con fervor goloso, pero no le cayó en la boca líquido ninguno, sino un fresco chorro de aljófares, lo que mostró con asombro a sus compañeros, que también se quedaron atónitos. Por su parte, el oidor Bataller, que fue al que le pidió el deseo saborear los confites de las madres de la Encarnación, porque también tenía su boca llena de sed por lo mucho que discutió con sus comilitones, demostrándoles que a él, y sólo a él, le correspondían tales y cuales diamantes y tales y cuales hilos de perlas por ser el oidor decano, el oidor Bataller, al tomar la caja que creía que guardaba los succulentos confites monjiles, que a él le infundían elocuencia, se sorprendió de que pesara tanto. ¿De qué serían aquellos confites? Abrió la caja con manos trémulas y casi azotó al mirar que estaba repleta de luminosas monedas de oro.

Lo que creían todos succulentos ates michoacanos, imponderables mermeladas, turrone, pastas de coco y magnificentes pastas de almendra, no eran sino buenas barras de plata; aquellos lindos paquetes de chocolate de Regina no tenían sino barras de oro; las cajas de confites, unas encerraban peluconas y otras encerraban joyas; los frascos no guardaban ni siquiera el olor del rosolis, ni el de ningún jarabe ni olorosa ratafia, ni el del agua de rosas o arzobispal, ni el vulgar de anís, sino que estaban llenas de cadenas, de anillos, de hilos de perlas, de menudos aljófares. Ésos eran los granitos de cacao para la tos, para la tos de Su Excelencia.

Todo aquello no eran sino los humildes ahorros del virrey Iturrigaray, lo que apañó con tranquila paciencia en succulentos y continuos negocios, principalmente en la indigna venta de empleos, en los monopolios y estancos. A todos los conjurados se les encendió el fuego en el corazón, y ya fue aquello una rebatiña formidable, desaforada. Lo que tomaba uno lo querían al punto los demás; unos a otros se escupían juramentos, maldiciones y amenazas, y hasta a puñetazos defendían sus deseos. “¡Caray —decían con asombro—, qué ladrón era Iturrigaray, qué ladrón! ¡Hay que castigarlo, qué demonio!” Y cada quien se adjudicaba con ansia feroz lo del Virrey para